



Virgen del Remedio 2015

Permitidme que inicie mi predicación evocando dos imágenes referidas a nuestra patrona, la Virgen del Remedio.

La primera es la de su imagen aquí, junto al Presbiterio de S. Nicolás, donde ahora está, desde hace bastantes semanas. Es como si Ella, aquí en su casa, hubiera bajado para estar más cerca de nosotros y vivir muy cerca ciertas celebraciones, especialmente alguna como la ordenación de los nuevos cuatro sacerdotes, que, por cierto, le han correspondido predicando en su Novena. Ayer mismo el último de ellos.

La segunda, es de antes de ayer, del lunes, cuando una grandísima fotografía de su imagen presidía la fachada del Ayuntamiento de nuestra ciudad, mirando a una gran cantidad de personas reunidas con ocasión de la tradicional Alborada, a Ella dedicada.

Si la anterior imagen me hacía pensar en la madre que se acerca, esta segunda imagen me hace pensar en la madre que sale, casi como haciendo caso al Papa Francisco, que nos quiere Iglesia que sale, que busca, que atiende y mira de cerca, incluso a los hijos que no van por casa, a toda clase de hijos.

Ambas imágenes sintonizan con una advocación que suena a maternidad, a sencillamente, Virgen del Remedio.

Por lo que se refiere a las lecturas que hemos escuchado y que pertenecen a la liturgia de la Palabra de la fiesta de hoy, me permito unos breves apuntes sobre el Salmo –el Magnificat-, y el Evangelio de S. Juan leído ahora mismo.

Respecto al Magnificat, afirmaba S. Beda el Venerable, gran monje y maestro inglés que vivió entre el siglo VII y el VIII, comentando las palabras: “El Poderoso ha hecho obras grandes por mí”; dijo que María afirma que “nada se debe, pues, a sus méritos, puesto que Ella refiere toda su grandeza al don de Aquel que, siendo por esencia poderoso y grande, suele hacer fuertes y grandes a sus fieles, pequeños y débiles como son” (Homilía 1,4).

María refiere todo al amor, a la bondad de Dios que lo llena todo. Y con esa luz queda todo transfigurado.

María interpreta la historia, el acontecer de la historia y de la propia vida, precisamente en pobreza y necesidad, partiendo de la experiencia de Israel y de toda la Biblia: Dios es misericordioso, es fiel, cumple.

Nosotros mismos, la misma Iglesia, debemos imitar a María interpretando la historia y nuestra historia a la luz del proyecto, siempre de amor y de salvación que Dios tiene y que aparece plena y constantemente en las Escrituras. Y tal y como se cumplió en María, en todo su camino hasta la Asunción, pasando por el dolor y la cruz, evidentemente. En la medida que compartimos esa fe que tuvo María tanto más cerca crecerá nuestra capacidad de cantar y de amar, de rezar y de luchar, de creer y de actuar, de bendecir y de servir, de glorificar al Señor y de esperar.

Eta misma fe que vemos luminosa en María, que contemplamos en Ella, nos hace caer en la cuenta en la pobreza de nuestra fe, en el pobre caminar tan pegado a tierra, a lo inmediato, al drama de los acontecimientos, que tienen muchas de nuestras vidas. Necesitamos que alguien nos cambie, que se apiade y nos remedie, que obre el milagro de Caná, que transforme el agua en vino. María en Caná se percató de la necesidad, y fue sensible y movió al milagro a su Hijo.

Hoy nosotros acudimos a Ella. Le pedimos que se percate de nuestros desamparos y necesidades. Le suplicamos, como a una madre, remedio. Y Ella nos sigue diciendo, señalando a Jesús: “Haced lo que Él os diga”.

En un día así. En el marco celebrativo especial y singular de nuestra Virgen del Remedio, os animo a unir a vuestras súplicas la petición de dos importantes actitudes.

Por una parte ser lucidamente agradecidos por el don que es María, nuestra Virgen del Remedio, para nuestra vida particular y nuestra vida como Iglesia. Cuanto más lo pensamos más descubrimos el inmenso regalo que nos hizo Dios dándonos a la Virgen como modelo y, en concreto Jesús en su cruz, dándonosla como madre.

Mirémosla como referente de persona creyente, que ve con luz la vida, que es capaz de fiarse de Dios y de verlo llenando al historia y remediando nuestra pobreza y necesidades, un Dios misericordioso, fiel. Ella nos lo enseña así, como realmente es. Y esto –si le hacemos caso- es un bien inmenso que debemos agradecer. Acudamos a Ella como madre. Agradecemos el regalo de la devoción de la Virgen del Remedio.

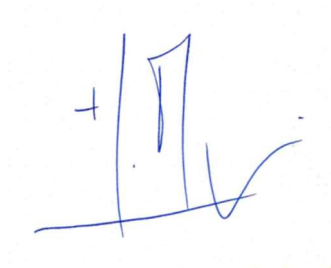
Por otra parte pidámosle implicarnos con el momento eclesial tan interesante como el que tenemos en presente y en inmediato futuro.

El pontificado del Papa Francisco reverdece mensajes de singular actualidad e importancia: el llamamiento a encontrarnos con la persona de Cristo para transformados por Él, salir hacia un mundo que ansía la fe y que necesita y espera el remedio de tantas necesidades.

Cristianos en misión, en salida hacia tantas periferias existentes. El llamamiento del Papa, a nuestro compromiso social, y a nuestro compromiso con un mundo que debe ser casa de todos y para todos, y una casa común que hay que cuidar, pues la estamos expoliando y destruyendo sin miramientos.

Y el Papa Francisco para revivir todo esto e implicarnos nos regala el Jubileo Extraordinario de la Misericordia, porque “hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre”.

Que la Virgen del Remedio nos obtenga de su Hijo, tener un corazón agradecido a Dios por todo el bien con el que llena nuestras vidas, y la vivencia de este tiempo en el que se nos pide sentir con la Iglesia, saliendo a servir a la Humanidad. Así sea.



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante